

que la retaguardia sucumbiría indefectiblemente si no recibía oportuno socorro. Dárselo era casi un acto de desesperación, pero los hidalgos españoles no se paraban á calcular el peligro, cuando alguien demandaba su amparo. Volvieron caras y se dirigieron apresuradamente al campo de batalla, se abrieron paso por entre la multitud, atravesaron el canal y llegaron al punto en que más refrenda era la refriega.¹

El primer albor de la mañana se reflejaba sobre las aguas, y alumbraba las horrendas escenas que se habían ejecutado en medio de la oscuridad de la noche. Las gruesas masas que combatían á orillas de la calzada, disputaban con tal ímpetu el terreno que estaban pisando, que parecía que la tierra temblaba, y efectivamente algunos puntos de la calzada se sacudían como si hubiese un terremoto. Al mismo tiempo la superficie de la laguna, hasta donde podía alcanzar la vista, estaba cubierta de millares de canoas llenas de guerreros, cuyas lanzas y espadas armadas de filosas láminas de obsidiana, relucían con los rayos del sol matinal.

Encontraron á Alvarado desmontado y acompañado de un puñado de compañeros, en encarnizada lucha con una multitud de enemigos que le agobia-

¹ Herrera, Hist. Gral, dec. 2, lib. 10, cap. 11. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 10. Bernal Diaz, Hist. de la Conq. ep. 128.

ban con solo su peso. Su excelente corcel que le había acompañado en más de cien duras batallas había muerto.¹ Herido Alvarado en varias partes, se esmerzaba inútilmente por reunir su columna dispersada y arrojada á la orilla del canal por el furioso enemigo que á aquella hora ya era dueño de toda la retaguardia y estaba recibiendo de la ciudad refuerzos nuevos. La artillería no había sido infructuosa en los primeros momentos del combate, pues las balas habían atravesado la calzada y derribado indios á centenares; pero la impetuosidad de estos fué irresistible. Las filas delanteras empujadas por las que venían atrás, se arrojaron sobre las piezas, y semejantes á un torrente arrebataron cuanto encontraron, hombres y cañones. La impetuosa embestida de los españoles recién venidos, hizo mudar de pronto el aspecto de la lucha y dió tiempo á sus compatriotas dispersos, para reunirse aunque débilmente. Pero el reflujó de los indios obligó á Cortés y á sus compañeros á echarse al agua, aunque no todos escaparon. Alvarado se detuvo un momento á la orilla del lago, sin saber que hacerse. Desmontado como estaba, ninguna esperanza de salvación le ofrecía arrojarse al agua, habiendo una multitud

¹ "Luego encontraron con Pedro de Alvarado bien herido con una lanza en la mano á pié, que la yegua alazana ya se la habían muerto." Ibid.

de canoas enemigas que cercaban la cortadura: para resolverse solo quedaba un instante; pero era hombre de formas vigorosas y por otra parte, la desesperacion le dió fuerzas sobre humanas. Clavó de firme su lanza en los objetos que asomaban por sobre las aguas, se echó hácia adelante con todo el impulso posible, y de un salto salvó el foso. Los aztecas y tlaxcaltecas que le miraban asombrados y estupefactos, exclamaron al ver aquel salto incomprendible: "Deveras este es *Tonatiuh*, (el hijo del sol.)" ¹ No se sabe cual era el ancho de la zanja, pero era tan considerable que el capitán Diaz que la vió, afirma que salto igual no lo puede dar ningun hombre. ² Sin embargo, hay contemporáneos de la

¹ "Y los amigos, vista tan gran hazaña, quedaron maravillados, y al instante que esto vieron se arrojaron por el suelo postrados por tierra en señal de hecho tan heróico espantable y raro que ellos no habian visto hacer á ningun hombre, y así adoraron al sol comiendo puñados de tierra, arrancando yerbas del campo, diciendo á grandes voces: verdaderamente que este es "hijo del sol." (Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS.) Este escritor consultó la probanza hecha por los herederos de Alvarado, en la cual alegan los méritos de su antepasado y afirman que están atestiguados por los mas valientes capitanes tlaxcaltecas que estuvieron presentes en aquella batalla. ACASO el famoso salto estaria entre los méritos de que habla el historiador. M. de Humboldt que cita á Camargo, como tal lo considera. (Essai politique, tom. 2, pág. 75.) Esta autoridad probaria mas que cualquiera otra; pero el lenguaje de Camargo, no me parece que autoriza para sacar semejante consecuencia.

² "Se llama ahora la puente del salto de Alvarado, y platicábamos muchos soldados sobre ello y no hallábamos razon ni soltura de un hombre que tal saltase." Hist. de la Conq., cap. 128.

conquista que no creen en la anécdota. ¹ Pero en lo que no cabe duda es, en que en aquel tiempo era creencia popular y en que aun en nuestros dias es sabida de todos los habitantes de la capital: el nombre de Salto de Alvarado que tiene el lugar donde se dió, recuerda una de esas hazañas dignas de competir con las de los semi-dioses de la fábula griega, ² Cortés y sus compañeros se pusieron al frente de las tropas que iban desordenada y confusamente huyendo de la funesta calzada. Unos pocos enemigos eran los que únicamente les picaban la retaguardia; recibiendo tambien algun daño de los que desde las canoas les disparaban nubes de flechas. Distrajo la atencion de los aztecas el rico botin que habia quedado esparcido por el campo de batalla lo que fué gran fortuna para los españoles, pues si sus enemigos hubieran continuado persiguiéndoles

¹ Gomara, Crónica, cap. 109. Camargo, Ibid., ubi supra. Oviedo, Hist. de las Inds., MS., lib. 33, cap. 47. Este último autor dice frecuentemente que muchos que vieron el lugar le aseguraron que era imposible. "Fué tan estremado de grande el salto que á muchos hombres que han visto aquello, he oido decir que parece cosa imposible haberlo podido saltar ningun hombre humano. En fin, él saltó é ganó en ello la vida, é perdiéronla muchos que atrás quedaban.

² A todas las viageros se les enseña aquel sitio que es un foso de poca anchura, atravesado por un puentecillo y que está cerca de la estremidad occidental de la Alameda. Como aquel sitio recibió su nombre desde en tiempo de Alvarado, esto no ha de haber desmentido el cuento; pero no sabiéndose á punto fijo la magnitud del salto, por muy extraordinario que se le pondere, no hay medio de juzgar sobre su probabilidad.

con el mismo encarnizamiento con que hasta entonces habian peleado, probablemente no habria quedado ni un solo cristiano. Pero poco molestados, pudieron desfilan por el pueblecillo adyacente, ó por mejor decir, por los suburbios de Popotla.¹

El comandante español, despues de apearse de su fatigado corcel y de recostarse en las gradas de un templo indio, miró tristemente desfilan por delante de él, sus destrozadas tropas. La caballería, la mayor parte sin caballos, venia confundida con la infantería, la cual arrastraba con trabajo sus cansados miembros. Las rotas mallas y desgarradas vestiduras salpicadas de lodo salado, dejaban ver sus grandes heridas. Sus relucientes armas, sus cascos y banderas, su tren y su artillería, en suma todo lo que constituye el orgullo y los trofeos de una guerra gloriosa, todo se habia perdido para siempre. Al pasar Cortés la vista por aquellas menguadas y desordonadas filas, en vano buscó la cara de muchos de los antiguos y queridos compañeros que le habian seguido inseparablemente en todos los peligros de la campaña. Aunque acostumbrado á reprimir

1 "Fué Dios servido de que los mexicanos se ocupasen en recoger los despojos de los muertos y las riquezas de oro y piedra, que llevaba el bagage, y de sacar los muertos de aquella acequia, y á los caballos y otras bestias. Y por esto no siguieron el alcance y los españoles pudieron ir poco á poco por su camino sin tener mucha molestia de enemigos." Sahagún, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 11.

sus emociones ó á lo menos á disimularlas, aquel espectáculo fué superior á las fuerzas de Cortés, que ocultó el rostro entre las manos, y cuyas lágrimas no pudo contener, revelaron la angustia mortal que devoraba á su alma.²

Con todo, algun alivio sintió al ver á muchos de los hidalgos en quienes mas confiaba. Alvarado, Olid, Ordaz, Sandoval, Avila, aun no perecian. Cúpole tambien la inesplicable satisfaccion de ver salva á la intérprete Marina, á quien amaba tanto y que tan útil era al ejército. Habia sido confiada, juntamente con la hija de un tlaxcalteca, á una partida considerable de estos guerreros, que venian en la vanguardia y que cuidó fielmente de preservarla de todos los peligros de aquella noche. Aguilar, el otro intérprete, tambien habia escapado, é igualmente el constructor de las naves, Martin López. El empeño con que se informó Cortés de la suerte de este hombre, que tan interesante era para el buen éxito de las operaciones subsecuentes, prueba que el indomable espíritu de Cortés, aun en los momentos de mayor afliccion, se ocupaba en preparar la hora de la venganza.

El ejército llegó á las inmediaciones de una ciudad llamada Tlacopan (Tacuba) que fué en un tiem-

1 Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47. Ixtlilxochilt; Hist. Chich., MS., cap. 89. Gomara, Crónica, cap. 109.

2 Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10, cap. 12.

po la capital de un señorío independiente. Hizo alto en la calle principal, como vacilante é incierto del camino que habia tomar; semejante á un tímido ciervo que va huyendo de los cazadores y en cuyos oídos resuena todavía el ladrido del sabueso y la bocina y que busca asustado, por todas partes, un antro en que ocultarse, Cortés que se habia adelantado y puesto á la cabeza del ejército, conoció cuán peligroso era permanecer en el corazon de una ciudad populosa cuyos habitantes podian causar gran daño desde las azoteas, sin recibir ellos ninguno. Continuó, pues, avanzando é internándose y trató de reorganizar y medio ordenar sus desconcertados batallones. ¹

A poca distancia, hácia la izquierda se levantaba una montaña que miraba hácia las cordilleras que atraviesan el valle por la parte del poniente. Llamábase el cerro de Otoncalpolco, y tambien cerro de Moteuczoma. ² Estaba coronada de un teocalli, cuyo estenso átrio ocupaba gran espacio, y que por

¹ "Tasuba," dice el interesante viajero Latrobe, "está casi al pié de la cordillera, y hoy solo es notable por la espaciosa y venerable iglesia que erigió allí Cortés. No lejos de allí se ven las líneas de un campamento español. No temo ser temerario al aventurar la opinion (aunque acaso será una coincidencia) de que esta misma fué la posicion que escogió Cortés para atrincherarse despues de la retirada arriba mencionada, y antes de emprender su penosa marcha para Otumba. (Viage á México, carta 5.) Segun lo que hemos dicho en el texto, es evidente que Cortés no hizo allí ninguna fortificacion, á lo menos al retirarse de México.

² Lorenzana, Viage, pág. XIII.

su elevada posicion que dominaba aquellas llanuras, ofrecia un sitio á propósito para que se guareciesen las fatigadas tropas, Pero estas, desalentadas y aterradas por los últimos reveses, no parecia que estuviesen capaces de otro nuevo encuentro, y este era inevitable para apoderarse del templo, pues lo defendia un cuerpo de indios. Cortés conoció que desalojarles de allí era preciso, á no ser que quisiera ver destruido hasta el último resto de su ejército; y el éxito probó que aquel hombre todavía ejercia sobre sus tropas un imperio mas fuerte que el de las circunstancias. Ayudado de sus valerosos capitanes consiguió infundir á los mas abatidos una chispa del intrépido brio que á él le animaba, y les condujo al frente del enemigo; pero los indios opusieron muy débil resistencia y despues de unas cuantas descargas que hicieron muy poco daño, abandonaron el campo á los españoles.

El edificio era ámplio y ofrecia cómodo alojamiento para los pocos españoles que habian quedado. Allí encontraron algunos víveres y luego les trajeron mas de varios pueblos otomíes de las inmediaciones, de los que eran amigos. Habia ademas en los patios alguna leña destinada al uso del templo: con ella hicieron hogueras en que secaron sus vestidos que estaban empapados, y en seguida se ocuparon en curarse recíprocamente sus heridas, que con el abandono y la fatiga se habian agravado

y puesto muy dolorosas. Después de este refrigerio se tendieron á la larga en los átrios del templo, y allí encontraron luego ese consuelo que la naturaleza rara vez rehusa aun en medio de los mayores padecimientos.¹

Entre todos los españoles habia, sin embargo, uno que no cedia al sueño con igual facilidad: ¡Qué cúmulo de pensamientos agitarían en tropel el alma del general, al ver los míseros restos de su ejército, todos reunidos en aquel oscuro vibaque! Aquello era todo lo que quedaba del brillante ejército con que pocas semanas antes habia entrado en México. ¡Qué habia sido de sus sueños dorados de conquista y de mando! ¡Ni qué otra cosa era él, sino un desgraciado aventurero, al cual señalaba como loco el dedo del desprecio? ¡Por donde quiera que volvía los ojos encontraba un horizonte tenebroso y ni un solo punto luminoso que le ofreciese esperanza! Faltábale que hacer un cansado viage por peligrosos y mal conocidos caminos, con guías de cuya fidelidad no podia estar seguro. ¡Ni cómo podia descansar en el acogimiento que le hicieron en Tlaxcallan, que era el lugar donde se encaminaba, si era la tierra de sus antiguos enemigos y si antes de con-

¹ Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 24. Bernal Diaz, cap. 128. Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS. Ixilxochilt, Hist. Chich., MS., cap. 89.

quistador, y ahora como amigo habia llevado allí siempre la desolacion?

Sin embargo, estas tristes y tétricas reflexiones que habrian abatido un alma vulgar, no hacian mella en la de Cortés, ó mejor dicho, solo servian para excitar su energía y avivar sus percepciones, de la misma manera que el embate de los elementos sirve para purificar la atmósfera. Contemplaba con ojos serenos sus pasados reveses; pero confiaba en sus propios recursos y veía una luz de esperanza, donde los demás solo veían tinieblas. Aun en los miserables restos que yacían esparcidos en torno suyo y que segun su aspecto siniestro y su grosero porte, parecían una horda de proscriptos famélicos, aun en esto descubria los materiales con que debia reconstruir el edificio de su arruinada fortuna. Está fuera de duda que en los momentos mismos de universal abatimiento y desventura, su alma heroica maquinaba el plan que después llevó á cabo con tan inperterrita constancia.

En cuanto á la pérdida que tuvieron los españoles en aquella fatal noche, como en cuanto á los demás acacimientos de la conquista, hay gran discrepancia de pareceres. Si hemos de creer lo que dice Cortés en su carta, la pérdida subió á ciento y cincuenta españoles y dos mil indios; pero los boletines del general, aunque muy exactos en lo tocante á las dificultades que encontró y á los resultados en ge-

neral, no son muy exactos en cuanto á los recursos con que contaba ni á las pérdidas que sufría. Thoan Cano, uno de los hidalgos que se hallaron presentes, calcula que los muertos fueron 770 españoles y 8000 tlaxcaltecas; pero este número es mayor que el del ejército entero. Acaso nos apartaríamos menos de la verdad, si adoptásemos la autoridad de Gomara, capellan de Cortés, y que no solo pudo consultar los papeles del general, sino otros igualmente auténticos. Segun él, el número de los cristianos muertos fué 450, y el de los aliados, 4,000. Esta pérdida, juntamente con las sufridas la semana anterior, habrá reducido á los primeros á mas de la tercera parte, y á los segundos á la cuarta ó acaso á la quinta de lo que eran cuando entraron en la capital. ¹ La peor parte de la refriega la llevó la re-

1 La tabla siguiente dará al lector alguna idea de la discrepancia que sobre esto hay en los diversos escritores, entre los cuales hay unos que fueron testigos de vista, y otros que habiendo tratado con los actores de aquellas escenas, son casi de igual peso.

| | | |
|--|----------------|---------------|
| Cortés, en Lorenzana, pág. 145.... | 150 españoles, | 2,000 indios. |
| Cano, segun Oviedo, lib. 33, cap. 54.. | 1.170 | „ 3,000 „ |
| Probanza, etc.... | 200 | „ 2,000 „ |
| Oviedo, lib. 33, cap. 13..... | 150 | „ 2,000 „ |
| Camargo, etc..... | 450 | „ 4,000 „ |
| Gomara, cap. 109.. | 450 | „ 4,000 „ |
| Ixtlilxochilt, c. 88. | 450 | „ 4,000 „ |
| Sahagun, lib. 12, cap. 24..... | 300 | „ 2,000 „ |

taguardia, de la cual pocos escaparon. Formábanla principalmente los soldados de Narvaez, que hasta cierto punto fueron víctimas de su codicia, ¹ Quedaron fuera de combate 26 ginetes, que juntos con los muertos anteriormente, redujeron la caballería á 23 hombres, muchos de ellos en la mas triste situacion. La mayor parte del tesoro, los bagages y los papeles del general, entre los cuales venia un diario de lo acaecido desde la salida de Cuba, cuyos papeles habrian sido, para la posteridad á lo menos

Herrera, dec. 2, lib.

10, cap. 12..... 150 „ 4,000 „

Bernal Diaz no se tomó el trabajo de ser concordante consigo mismo; pues despues de decir que la retaguardia que reportó la mayor pérdida, constaba de 120 Lombres, agrega en el mismo párrafo que de estos murieron 150, y á las pocas líneas dice que 200.

Cano comprende en su regulacion á aquellos, que aunque pocos comparativamente, perecieron en la subsecuente de la marcha. Este mismo, afirma que 270 hombres de la guarnicion se quedaron, ignorando la partida de sus compañeros, ó mejor que fueron pérfidamente dejados allí y que aunque se rindieron con todas las garantías de la guerra, fueron sacrificados por los aztecas. (Véase el Apéndice, parte II, núm. 11) La inverosimilitud de semejante cuento en el cual se supone que un ejército con todos sus trenes y bagages podia evacuar una fortaleza sin que lo sintiesen tantas gentes, y que se las abandonaba en las circunstancias en que mas se necesitaba de la cooperacion hasta del último hombre; la inverosimilitud de tal cuento, repito, es muy obvia pata que me detenga á refutarlo. Herrera dice otra cosa mucho mas probable y es, que Cortés dió orden muy especial al capitan Ojeda de que cuidase, no con la precipitacion de la salida, fuese á quedarse en la fortaleza alguno que estuviese durmiendo ó herido. Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 11.

1 “Pues de los de Narvaez, todos los mas en las puentes quedaron cargados de oro.” Bernal Diaz, cap. 128.

de mayor valor que el oro; todo esto quedó sepultado bajo las aguas.¹ Las municiones y las hermosas baterías con que habían entrado en la capital, se perdieron. No había quedado ni un solo mosquete, pues los soldados los habían arrojado, deseando descargarse de todo cuanto pudiera retardar su fuga. En suma, para asegurar la superioridad del europeo sobre el bárbaro, nada les había quedado de su aparato militar, fuera de sus espadas, su estropeada caballería y sus descompuestas ballestas.

Los prisioneros, entre los cuales estaban como lo hemos dicho, los hijos de Moteuczoma y el cacique de Tetzcoco, perecieron á manos de sus mismos compatriotas que no pudieron reconocerlos en la ciega furia del combate. También hubo entre los españoles algunas personas de calidad cuyo nombre quedó escrito en el sangriento catálogo de los muertos. Uno de ellos fué D. Francisco de Morla, que cayó al lado de Cortés, viniendo con él en socorro de los que habían quedádose atrás. Pero la mayor pérdida fué la de Juan Velazquez de Leon, que en union de Alvarado mandaba la retaguardia, el puesto de mayor peligro, donde murió defendiéndolo valientemente, muy al principio de la retirada. Era exce-

¹ Según él, se salvó parte del oro encomendado á los "tlaxcaltecas." (Cap. 136.) Del documento citado (Probanza de Villa Segura, MS.), aparece que el tesoro iba confiado á la custodia de los castellanos.

lente oficial, dotado de muchas prendas caballerosas, aunque algo altanero, por ser uno de los hidalgos mejor relacionados del ejército. Su cercano parentesco con el gobernador de Cuba le hizo ver al principio con tibieza las empresas de Cortés; pero luego, fuese que se convenció de que éste tenía la razón, fuese por preferencia personal, se identificó íntimamente con los intereses de su caudillo. El general corespondió á esto con generosa confianza, encargándole un mando independiente y de importancia tal, que una torpeza y hasta un error habría sido fatal para la expedición. Mas Velazquez se mostró digno de aquella confianza y no había en el ejército hidalgo alguno, con excepcion tal vez, de Sandoval y Alvarado, cuya pérdida hubiese sido mas profundamente deplorada por el comandante. Tales fueron las consecuencias de este terrible paso de la calzada; mas desastrosas que cuantos reveses han manchado el lustre de las armas españolas en el Nuevo Mundo; quedando la noche en que acaeció esta catástrofe, señalada en los anales de la Nación con el epíteto de: *la noche triste*.¹

¹ Gomara, Crónica, cap. 109. Oviedo, Hist. de las Ind., MS. lib. 33, cap. 13. Probanza en la Villa Segura, MS. Berna Diaz, Hist. de la Conq., cap. 128.